

CUERVO

UN WESTERN SINIESTRO

La mujer encontró al hombre junto al pozo del agua poco después de haberse levantado del camastro, cuando los primeros rayos del sol se esforzaban por transformar todavía en vano la negrura del cielo. Había sufrido un dormir inquieto que le había hecho pasar la noche en estado de duermevela, dando incesantes vueltas en la cama, y salió de la cabaña de troncos antes que otras mañanas, con los ojos enrojecidos y pegajosos, mirando con rabia su vestido raído, el mejor de los dos que tenía. Con un suspiro dirigido al viento pensó que aquella tela que alguna vez había sido roja representaba bien su miseria, y miró el pantalón tejano colgado de una cuerda mientras se decía que luego cambiaría sus ropas. Cuando vio al hombre inmóvil, caído de bruces, con un brazo extendido hacia el pozo y los dedos engarfiados en la tierra, creyó que su insomnio había sido una advertencia de lo que le esperaba al levantarse. Se agachó para comprobar si aún estaba vivo o se encontraba ante un cadáver, y la sospecha de que pu-

diera tratarse de un muerto le provocó un escalofrío. Al darle la vuelta al desconocido advirtió que la sucia y desgarrada camisa estaba manchada de sangre seca y que cerca del costado derecho tenía una herida de bala con los bordes negruzcos rezumantes de pus. Sus ojos estaban cerrados y sus labios agrietados y secos como la tierra, pero la vida seguía palpitando en él; lucía una barba de varios días negra como el carbón, su tez era macilenta, y la frente y el cuello se hallaban cubiertos de un sudor enfermizo, ya que en esos parajes no había sudor que no pudiera secar una noche a la intemperie, cuando el frío hacía añorar el intenso calor del día y era necesario recurrir a la protección de las mantas. Era alto y flaco, y le calculó unos treinta y cinco años de edad, algunos más que ella, pero pensó que podía estar equivocada porque la fiebre y el sufrimiento producido por la herida probablemente debían de haberlo avejentado. Nunca lo había visto por allí, mas eso no tenía nada de extraño, pues podían transcurrir varias semanas sin que pasara nadie cerca de la cabaña, salvo algún viajero extraviado o la diligencia que se detenía un rato a repostar y dar de beber a los caballos. «Es como si estuviéramos apestados, aunque debemos dar gracias de que por lo menos haya agua; fue providencial encontrarla aquí», se dijo.

En principio dudó de si debía llevarlo a la cabaña o avisar a Frank para que saliera a ayudarle a cargar con el herido, y si al fin decidió hacerlo ella sola fue porque le pareció que su estado era grave y porque a Frank le molestaba que

lo despertaran antes de la hora en que solía levantarse. Más de una vez había tenido que afrontar su ira por ese motivo. El pozo se encontraba próximo a la cabaña y no tendría que esforzarse demasiado para arrastrarlo hasta ella.

La noche aún se hacía notar sobre la tierra, aunque la oscuridad del cielo sin nubes empezaba a verse rota por tenues pinceladas amarillentas, anaranjadas y violáceas, lo cual permitía presagiar un día de inmenso calor, de esos que hacían más anchas y profundas las grietas en la tierra seca. Miró con asco la silueta de la montaña recortada contra el firmamento, próxima y a un tiempo lejana. Deseaba perderla de vista para siempre. Sin haberse despejado como pretendía, dando la espalda al pozo cogió al hombre por las piernas para tirar de él. «Si fuera mediodía no podría hacerlo, porque el calor sería insoportable y los escorpiones surgirían de cualquier grieta para descargar su veneno en el cuerpo de este hombre —pensó—. Es un territorio emponzoñado». Al llegar a la cabaña se detuvo unos instantes para recuperar el aliento, y a continuación abrió la puerta ayudándose con un pie. Dejó al herido en el suelo procurando no hacer ruido, pero podía haberse evitado tomar esas precauciones: Frank se había incorporado y observaba con el ceño fruncido sus movimientos.

—¿De dónde demonios ha salido ese tipo? —preguntó.

—Lo acabo de encontrar al lado del pozo —repuso apartando la mirada para no ver la poblada barba blanca y las costras en el rostro de Frank, ni tampoco su pelo revuelto y sucio.

—¿Está muerto?

—Si lo estuviera no lo habría traído a la cabaña.

Ella misma se sorprendió por haberle contestado con brusquedad, y tuvo miedo al detectar un brillo de cólera en los ojos del hombre. Por un momento temió que la abofeteara, pero Frank se limitó a cabecear.

—Tendrás que hacerte cargo de él —dijo luego—, yo no tengo tiempo para cultivar mis instintos caritativos ni los tuyos. Cuando muera lo enterrarás tú; ten presente que no te ayudaré a cavar la fosa y deberás hacerlo fuera de la cabaña..., no quiero oler a muerto por aquí.

—No morirá —aseguró la mujer, apretando los dientes.

—Si tú lo dices... —dijo Frank con escepticismo después de haber echado un vistazo a la herida—. Voy a dejarte con él, debo ir a mi trabajo.

«Tu trabajo..., vaya un trabajo», pensó despectivamente la mujer.

Al verlo salir sin despedirse deseó que estuviera ausente todo el día, y a ser posible también por la noche. No temía quedarse sola; al contrario, le gustaba. El trabajo de Frank, o eso a lo que este llamaba trabajo, consistía en buscar oro en una mina abandonada en la montaña objeto de su odio; nunca lo había encontrado, a pesar de que aseguraba que se trataba de un terreno aurífero, y pasaba días enteros fuera, excavando y picando donde otros lo habían hecho antes. Ya estaba acostumbrada. Aunque había perdido la noción del paso del tiempo, creía que llevaban más de un año viviendo allí, alimentándose de las gallinas que criaban en el

establo donde guardaban sus dos caballos, un lugar que hacía también las veces de gallinero, y de lo poco que cazaba el hombre, quien de vez en cuando viajaba al pueblo más próximo, situado a varias millas de distancia, con objeto de comprar harina, judías, tocino, tabaco, carne seca, petróleo para la lámpara y whisky, o algo parecido al whisky. A ella le habría gustado que la cabaña hubiese estado en la montaña aunque había llegado a odiarla, pero Frank solía decirle que, si no aparecía el ansiado oro, los dólares que desembolsaba la Wells Fargo por permitir abreviar a los caballos, y los que cobraban por dar agua a los viajeros perdidos, les vendrían bien para poder buscar otra forma de vida en cualquier otro lugar.

Arrastró al hombre hasta el camastro para tumbarlo en él; a continuación le quitó la camisa y el cinturón y la canana con el revólver, puso un cuchillo al fuego, y venciendo su repugnancia ante el olor que surgía de la herida, extrajo cuidadosamente la bala, vertió un chorro de whisky sobre el agujero, lo cual pareció poner a hervir la pus, utilizó un pedazo de una vieja tela para vendarlo y se quedó contemplándolo tras haber echado un trago ella misma.

—No morirá —volvió a decir en voz alta.

Pasó el resto del día sentada en una silla junto al lecho, secando el sudor del rostro, el cuello y el pecho del herido, y mojando los hinchados labios con un trapo empapado de agua, sin tener tiempo para mirar una vez más la miseria que la rodeaba ni darse cuenta de los sucesivos cambios de luz a medida que avanzaba la jornada,

con el fondo de los cantos y revoloteos de los gallos. A pesar de su aspecto era un hombre atractivo. Si Frank regresaba y encontraba al desconocido en el camastro, armaría un alboroto y no tendría escrúpulos para arrojarlo al suelo con objeto de acostarse él. Pero no volvió, lo cual hizo pensar a la mujer que habría decidido pasar la noche en la montaña, seguro de que el herido iba a morir y lo encontraría enterrado a su retorno. No le gustaban las complicaciones.

El desconocido abrió los ojos al filo de la medianoche, mientras la mujer oía aullar a los coyotes, y profirió un gemido cuando intentaba incorporarse. Ella le pidió que se quedara tumbado porque estaba demasiado débil.

—Le hirieron en el costado, tiene suerte de estar todavía vivo —añadió en voz baja.

Un mudo asentimiento del hombre indicó que le había entendido, y luego le vio cerrar los ojos.

Esa noche la mujer no se acostó y permaneció más tiempo junto al camastro que levantada, hasta que la mañana volvió a imponer su paleta de colores en la tierra. Ese día tampoco regresó Frank. La mujer estaba acostumbrada a sus ausencias, pero vio en ello una prueba de que estaba seguro de la muerte del desconocido: aunque era celoso la había dejado a solas con él, y en otras circunstancias ya habría vuelto a casa.

«¿Y si Frank hubiera muerto?», se le ocurrió pensar.

Las primeras palabras del herido fueron para preguntar a la mujer cuál era su nombre y dónde estaba, a lo que

ella respondió con satisfacción, sobre todo porque iba a evitarse tener que cavar una tumba.

—Shirley, me llamo Shirley. Ha venido a parar casi al fin del mundo..., a una cabaña entre el desierto y una montaña que evitan hasta las alimañas. Se dice que hace años vivió allí una tribu de arapahoes, pero dudo que ahora haya ni siquiera serpientes..., este es un territorio maldito.

—Entiendo —dijo el desconocido, sin añadir nada más.

Se levantó a la mañana siguiente y dio varias vueltas por el interior de la cabaña, no sin haber preguntado por su revólver. La mujer, sorprendida por su rápida recuperación, se lo devolvió con la cartuchera y le preparó café bien negro y huevos fritos con tocino; aunque no quedaba mucho en la despensa, no dudó en dárselo para ayudarle a recuperarse, aun sabiendo que arriesgaba ser abofeteada por Frank. El desconocido, que ya se había colocado la canana y acariciaba el arma como si acabara de recuperar a su mejor amigo, comió con avidez sin apartar su mirada de Shirley, aunque llevándose de vez en cuando la mano al costado derecho, y a la llegada de la noche le pidió más comida.

—Hacía varios días que no probaba bocado —se excusó—. ¿No ha venido nadie más a esta casa? ¿No ha visto a dos hombres merodeando por aquí?

—Sólo a usted.

Frank los encontró sentados a la mesa, comiendo un pedazo de carne cada uno a la luz de la lámpara de petróleo. Shirley no lo había oído llegar, como si hubiera cubierto

con trapos los cascos del caballo con objeto de no hacer ruido y sorprenderlos.

–Veo que no ha muerto y se está aprovechando de mi comida –dijo con rencor–. Espero que haya dejado algo para mí.

Ni el hombre ni la mujer le contestaron.

–¿Se puede saber quién es usted y de dónde diablos ha salido? –inquirió.

–Me llaman Cuervo, es todo lo que puedo decir –repuso el herido.

–No quiero gente extraña en mi casa –refunfuñó Frank–, no me gustan los desconocidos.

–¿A esta choza la llamas casa? ¡Apesta a humo y a trapos viejos! –intervino Shirley agitando su melena rubia–. Hasta la guitarra tiene rotas las cuerdas.

–Dispones de un techo bajo el que dormir y una mesa donde comer, ¿no? Y hasta ahora no te ha faltado comida... Muchos se sentirían satisfechos con eso, pero todo te parece poco. En cuanto a usted... –se volvió hacia Cuervo–, se marchará mañana, mi casa no es un refugio ni un hospital, ni yo soy un doctor, y agradezca que no le haga irse esta noche..., en el fondo tengo buen corazón.

–Todavía está débil, además no tiene caballo –protestó la mujer.

–Si llegó hasta aquí sin caballo, también podrá marcharse sin él.

–Necesito quedarme al menos otro día..., no tema, le pagaré por ello –dijo Cuervo sacando de un bolsillo una

moneda de oro para dejarla encima de la mesa girando sobre sí misma.

El viejo Frank y Shirley la miraron deslumbrados, pero fue el primero quien la cogió y la hizo desaparecer entre sus ropas no sin haberla mordido.

—De acuerdo, pero tendrá que dormir en el establo.

—No me importa.

—Y tú no te olvides de fregar los platos; los dejas amontonados, sucios, y la casa apesta —le ordenó Frank a su esposa.

En Shirley se había producido una transformación después de haber visto la moneda. Miraba al herido con mayor interés y en sus ojos había un destello de avidez que la hacía parecer algo más vieja, como si se hubiera convertido en depositaria de toda la codicia del mundo. Su atención se hallaba puesta en los bolsillos del pantalón del hombre, y a veces en su entrepierna, y lamentaba no haberlo registrado cuando estaba inconsciente porque estaba convencida de que debía de llevar otras monedas. Más tarde, aprovechando que Frank salió al establo, el herido se aproximó a la mujer.

—Parece que a su padre no le gusta mi presencia, quizá teme que la seduzca, y no sería raro: también hace mucho que no estoy con una mujer —dijo.

—No es mi padre..., es mi marido —respondió ella sonrojándose.

—Nunca lo habría adivinado —comentó Cuervo con ironía.

—Al principio le estaba agradecida, hizo mucho por mí, pero un lugar como este saca fuera de las personas lo peor que llevamos dentro; es algo que oí en otra parte en boca de un predicador.

—¿Eso significa que ya no le quiere?

—He dicho lo que he dicho.

No siguieron hablando, porque el viejo Frank volvió a entrar y les dedicó una mirada recelosa en tanto acariciaba el mango del cuchillo que sobresalía de su cinturón. Cuervo aceptó la manta que le dio Shirley y abandonó la cabaña. Antes de tumbarse en el suelo del establo vio al fondo dos caballos atados, y tomó la precaución de extraer el revólver de su funda y dejarlo al alcance de la mano. Cuando, avanzada la noche, le despertó el sonido de unos pasos, echó mano de él pero volvió a dejarlo donde estaba al comprobar que pertenecían a Shirley.

—Esperaba a uno de ustedes. El revólver estaba destinado a su marido..., leí en su mirada que estaba dispuesto a matarme y robarme —dijo.

—¿Y no tiene miedo de mí? —le preguntó la mujer.

—Él es de los que se conforman con robar un poco..., un miserable; he visto muchos como él, pero me precio de conocer a las personas y tú tienes mayores ambiciones.

Era la primera vez que la tuteaba, lo cual agradó a Shirley.

—Puedes venir conmigo. Sé dónde hay siete bolsas llenas de monedas como la que dejé en la mesa. Si quieres ser mi mujer, también serán tuyas.

Se formó un silencio que ambos dedicaron a observarse en la oscuridad, sin lograr ver sus expresiones. Cada uno percibía la fuerte respiración del otro.

—¿Y mi marido? No lo permitiré.

—Eso tiene fácil arreglo... Pasa..., no te quedes ahí de pie, vamos a tener una visita.

Shirley casi no tuvo tiempo de internarse en la negrura del establo, porque inmediatamente se dibujó una figura en la puerta.

—¡Sal, zorra, sé que estás con ese hombre! —gritó Frank con voz ronca.

Apuntaba con un fusil hacia la oscuridad, mas no llegó a utilizarlo. Cuervo le disparó una sola vez desde el suelo. El fogonazo tiñó por unos segundos el aire con un colorido semejante al de un relámpago en una tormenta, y el viejo se desplomó sin proferir ni un grito. Hubo un estruendoso revoloteo de gallos y gallinas, los caballos relincharon y Shirley echó a correr hacia el viejo, sólo con el propósito de asegurarse de que estaba muerto. Le agradó que así fuera.

—Quería matarme desde que ha visto la moneda de oro —comentó Cuervo secamente—. Te lo he dicho, era un miserable.

—Hay que enterrarlo. Está visto que no voy a librarme de cavar una tumba —dijo Shirley.

—¿A qué te refieres?

—Frank creía que ibas a morir y dijo que sería yo quien debería encargarse de enterrarte, él no quería hacerlo.

–Se equivocaba. No te preocupes, me ocuparé de eso, pero será ya mañana y después nos iremos de este lugar.

–Antes has dicho que necesitabas quedarte otro día –le recordó Shirley.

–Antes era antes, he cambiado de idea –dijo Cuervo mientras salía.

–¿Qué vas a hacer? –preguntó la mujer detrás de él.

–Pasaremos la noche en la cabaña, supongo que no querrás estar conmigo y ver amanecer al lado de un muerto.

Tenían el olor del establo metido hasta las entrañas. El camastro chirriaba y desprendía olor a sucio, pero a Cuervo no le importó, ya que era cierto que hacía mucho que no había estado con una mujer, y Shirley tampoco se quejó porque estaba habituada a él y apenas recordaba cómo era ser poseída por un hombre joven.

En cuanto amaneció, Cuervo salió a cavar un hoyo donde enterrar al viejo. Halló una pala en el establo junto a los caballos. Tras ahuyentar a patadas a las gallinas, arrastró el cadáver hasta alejarlo de la casa y procedió a cavar la fosa. Acabó la tarea cuando el sol ya se había instalado en el cielo. Entonces advirtió que Shirley lo estaba observando desde la puerta de la cabaña, completamente desnuda, y le pidió que se pusiera algo de ropa.

–¿Acaso no te gusta verme así?

–Prepárate, nos vamos ahora mismo. No te olvides de llenar cantimploras con agua y de coger comida y todas las balas que haya –dijo mirando hacia el horizonte.

Shirley obedeció y, después de haber reunido también sus pertenencias, que no iban más allá de un pantalón, un pequeño espejo rajado, un cepillo para el pelo, un anillo adquirido años atrás a un charlatán y un par de pulseras indias, abandonó la cabaña. Entretanto Cuervo se había hecho cargo del cuchillo y del rifle de Frank y la esperaba con los caballos cogidos por las bridas. Sin dejar de mirar hacia la lejanía repartió las municiones entre su canana y sus bolsillos, en tanto ella se ocupaba de cargar los bultos.

—Pareces inquieto —comentó Shirley.

—Vamos a tener visita..., lo noto en el aire.

Se disponían a montar cuando vieron a lo lejos a dos jinetes avanzando por la franja divisoria entre la tierra agrietada y la montaña, casi difuminados por las reverberaciones del sol en el paisaje que le conferían un aspecto irreal. A esa distancia sólo eran dos manchas borrosas. A una señal de Cuervo, la mujer le ayudó a devolver los caballos al establo y entraron otra vez en la cabaña.

—Vienen aquí —dijo Cuervo—. Atiéndelos. Si te preguntan, diles que hace muchos días que no has visto a nadie. Procura ser convincente. Ten cuidado, son peligrosos, pero no temas porque estaré vigilando.

—¿Cómo has podido reconocerlos?

—Imagino quiénes son. Ya intentaron matarme una vez.

Se ocultó en un rincón con el rifle en las manos, esperando a que llegaran los jinetes. Shirley se frotaba las manos con nerviosismo y carraspeó al oír que se detenían

ante la cabaña. Estaba segura de que notarían su agitación. Entraron sin llamar.

–Queremos comer algo y que abreen los caballos –dijo sin preámbulos uno de ellos, de espesa barba pelirroja; tenía la ropa empapada de sudor y sus pequeños ojos casi habían desaparecido entre las cuencas, debajo de la frente surcada de arrugas.

El otro, más joven, que cubría su cabeza afeitada con un sombrero quemado por el sol, igual que sus ropas, le preguntó con sequedad si en los últimos días había visto pasar a un hombre.

–No ha venido nadie por aquí.

–Hay huellas de recientes pisadas de caballos –apuntó el joven.

–Mi marido es minero..., acaba de salir.

–¿Y se ha atrevido a dejarte sola? –inquirió, humedeciendo con la lengua sus labios secos mientras recorría con la mirada el cuerpo de Shirley–. Yo no lo haría.

–Déjate de mujeres ahora, Alan, el que nos interesa es Cuervo –comentó el más viejo.

Shirley desvió la mirada y se frotó una con otra las sudorosas palmas de las manos.

–Mientes, lo leo en tu cara... ¿Dónde está Cuervo?

–Lleven los caballos al pozo, allí podrán beber..., no cobraré nada –repuso, evasiva.

–Pueden esperar. Nosotros tenemos hambre y sed de Cuervo. Lo dejamos herido, no puede estar lejos –dijo el llamado Alan cogiéndola por el cuello.

—¡Apártate!—gritó Cuervo.

El violento empujón de Shirley al hombre coincidió con dos disparos de rifle. Los recién llegados cayeron al suelo. El más viejo quedó inmóvil, pero el joven se retorció llevándose las manos al pecho. Dejó de moverse cuando Cuervo se acercó a él y le disparó a la frente, esparciendo su masa encefálica a través del boquete que la bala abrió en ella. La mujer ahogó un grito y corrió a abrazarse al hombre.

—Ahora no hay tanta prisa, pero será mejor que nos vayamos cuanto antes—dijo Cuervo con sequedad.

—¿No vamos a enterrarlos?

—¡Para qué! Las alimañas darán cuenta de ellos, no merecen otra cosa.

El miedo había provocado sudoración en la mujer, quien notó cómo la ropa se le adhería al cuerpo. En cuanto montaron a caballo miró hacia el establo.

—¿Has olvidado algo?—le preguntó Cuervo.

—Las gallinas..., no había pensado en ellas, se morirán de hambre.

—Antes o después tenían que morir.

Cabalaron bordeando la montaña, sin adentrarse en la zona desértica, y no se detuvieron hasta la caída de la noche. Por el camino no vieron más que una sucesión de montículos de vegetación raquílica, que se hacían más elevados a medida que iban apareciendo, y no percibieron otra vida que el vuelo de unos cuervos. Antes de pararse a descansar encontraron el esqueleto de un caballo,

en el que unos buitres picoteaban con voracidad los jirones de carne que aún quedaban adheridos a los huesos. Cuando el hombre disparó varias veces contra ellos emprendieron el vuelo, pero se quedaron revoloteando en espera del momento de recuperar su comida.

—Era mi caballo —dijo Cuervo—. También lo hirieron, pero él no pudo ir más allá.

—¿Qué buscaban esos hombres?

—El oro. Su brillo dorado los volvió locos. Habrían matado a cualquiera.

Después de comer unos pedazos de carne en conserva regados con whisky, Shirley le pidió a Cuervo con coque-tería, al tiempo que se tumbaba a su lado:

—Háblame de ti.

—Hay poco que contar. Nací, estoy viviendo y un día moriré. Mi historia es la misma que la de todo el mundo.

—De acuerdo, no me cuentes nada si no quieres, pero háblame al menos del oro; eso hará que me sienta mejor.

—Nos separa de él otro día de marcha. Lo oculté en un cementerio indio, un lugar a donde pocos se atreven a ir. Ya sabes..., las supersticiones, todo eso de los espíritus sagrados... No hay más que excavar y cogerlo.

—¿Qué tribu de indios?

—Arapahoes.

—Arapahoes... —repitió Shirley como si hablara para sí misma—. Me siguen a todas partes —hizo una pausa—. ¿Y aquellos hombres sabían dónde está?

–Pretendían que se lo dijera, matarme y quedarse con todo... Si lo hubieran conseguido, uno de ellos habría acabado matando al otro.

–De haber sido así no te habría conocido y seguiría vi-
viendo con el viejo... Estaba harta, no soportaba que me
tocara –comentó ella con mimo.

–Nadie sabe lo que le espera mañana –repuso él, sen-
tencioso, estrechando el cuerpo de la mujer contra el
suyo. Pero el contacto le hizo lanzar un gemido de dolor y
se llevó una mano al costado. Shirley le desabrochó la ca-
misa para examinar la herida y al levantar el pedazo de
tela que la cubría vio que de ella seguía brotando pus.

–No tiene buen aspecto –comentó.

–Saldré de esto –repuso él, apretando los dientes y vol-
viendo a abrazarla; ella se dio cuenta de que el calor que
desprendía el cuerpo de Cuervo se debía más a la fiebre
que al deseo sexual.

–No eres un pistolero corriente –murmuró Shirley–.
Pareces un hombre instruido, debes de tener una buena
historia detrás de ti.

–Como la de todos –dijo Cuervo, encogiéndose de
hombros.

Con el alba reanudaron la marcha. Había surgido un
día nublado y algunos relámpagos abrían lívidas rendijas
luminosas en el uniforme cielo oscuro. El aire olía a llu-
via. A media mañana se cruzaron con una diligencia, y el
hombre sentado en el pescante junto al conductor les sa-
ludó disparando con su rifle a lo alto. Shirley volvió la

cabeza hacia otro lado y siguió así hasta que dejaron de oír el sonido del carruaje.

—Los conozco... Les habrá extrañado verme lejos de la cabaña —se excusó—. No les sorprenderá que el viejo no esté, pero encontrarán a los dos muertos y sacarán conclusiones.

—Eso ya no nos afectará, estaremos lejos.

En contra de lo que esperaban no llovió, sino que se desencadenó una fuerte tormenta de polvo que los obligó a refugiarse en un grupo de rocas, tratando a la vez de tranquilizar a los caballos. No por ello cesaron los relámpagos y los truenos. Había en el aire una tensión que se instaló en sus cuerpos, y la mujer notó cómo los latidos de su corazón se aceleraban. Cuervo le había cedido su pañuelo para que se protegiera el rostro de la agresión del viento y del polvo. Él se lo cubrió con las manos, en tanto el día parecía noche, hasta que volvió a instalarse el silencio. Para entonces tenían los ojos enrojecidos, y el rostro y las ropas cubiertas por una capa de polvo. Bebieron agua con avidez.

—Me habría gustado llegar hoy a ese cementerio, pero la tormenta nos ha hecho perder un tiempo precioso —comentó Cuervo.

—¿Todavía falta mucho? —se interesó Shirley.

—Será necesario cabalgar de noche.

—No me importa, tendremos tiempo para descansar.

Fue la primera vez que en los labios del hombre se dibujó algo semejante a una sonrisa.

—Por mí no hay problema —dijo, con la mano izquierda pegada al costado derecho; su rostro estaba perlado de sudor—. En cuanto lleguemos habrá que volver a desinfectar la herida y cambiar el vendaje.

Aunque la tormenta parecía haber ahuyentado a los viajeros, avanzaron con precaución, pegados a las faldas de las montañas con el fin de evitar encuentros indeseados. La oscuridad los acompañó por el camino y se hizo impenetrable a la llegada de la noche. No se divisaba ni siquiera una fogata lejana, como si el mundo empezara y terminara allí y ellos fueran sus únicos habitantes. Shirley se notaba cansada, pero no quiso reconocerlo y se limitó a seguir a Cuervo por lugares desconocidos para ella, frotándose de vez en cuando los ojos, que le escocían a causa del polvo y del sueño. Inmersos en la negrura se internaron por una montaña más elevada que cuantas habían visto hasta entonces.

—Es por aquí, lo recuerdo como si hubiera sido mi casa —animó Cuervo a la mujer.

Sus palabras bastaron para conferir energía a Shirley, quien a partir de ese momento se dedicó a pensar cómo sería su vida disponiendo de tanto oro. Esa sola idea la mareaba. Le gustaba Cuervo, que sabía acariciar su cuerpo mejor que el viejo Frank, y no le desagradaba la posibilidad de seguir a su lado, pero en especial le atraía imaginar las joyas y los vestidos que podría disfrutar en lo sucesivo, dejando atrás para siempre la miserable existencia que había llevado hasta entonces. El corazón le latía

con mayor rapidez que a la hora de afrontar la tormenta, y más todavía que cuando sentía con un estremecimiento cómo el hombre la estrechaba contra él para recorrer su carne con sus manos duras y callosas.

Cuervo la hizo descabalar y a partir de allí llevaron a los animales cogidos por las bridas. Siguieron por un camino estrecho en lo alto de un farallón, con cuidado de no precipitarse al vacío, y la primera señal india que encontraron fue una lanza ornada con plumas firmemente clavada en la tierra. El hombre miró a su alrededor y no hizo ningún comentario aunque sabía que se trataba de una advertencia; Shirley lo sospechaba pero también se calló.

A raíz de ese descubrimiento adoptaron mayor cautela hasta que, cuando el disco solar empezaba a despuntar, poniendo una luz fantasmal en el camino, a la vuelta de un recodo se vieron ante la boca de una gruta flanqueada por otras lanzas con plumas y el pañuelo de los arapahoes, que Cuervo reconoció como el lugar donde días atrás había dejado oculto el oro. Dejaron los caballos fuera después de haberlos tranquilizado con caricias. Aparte de los túmulos que vio en la entrada, a la mujer le impresionaron los ídolos de madera, los *tomahawks*, las lanzas, las flechas, los instrumentos de música hechos con huesos de bisonte y de ave, las pieles secas y las vasijas de barro pintarrajeado con inscripciones que le resultaban incomprensibles; sobre todo se sintió impresionada cuando sus ojos se posaron sobre un cadáver apergaminado y sobre

las osamentas cubiertas de polvo que asomaban entre los ropajes podridos que no llegaban a cubrirlas. A pesar de que tuvo que apartar la mirada de las cuencas vacías de las calaveras porque le pareció que la observaban, y creyó advertir que algo se movía entre ellas, le sorprendió la calma que se respiraba allí.

—Olía peor mi cabaña que este cementerio —comentó.

—Debe de hacer mucho que los arapahoes no ocultan a nadie en él —replicó el hombre—. Pero no debemos confiarnos, nos quedaremos el menor tiempo posible.

Echó a andar hacia el fondo de la cueva y Shirley vio cómo se agachaba para excavar en la tierra con el que fuera el cuchillo de Frank. Lo observó fascinada y se llevó las manos a la cabeza para atusarse los cabellos, satisfecha porque eran del mismo color que el oro, mientras le oía exclamar:

—¡Aquí está!

A la vez que decía eso, Cuervo se desplomó y ella echó a correr hacia él.

—Es la maldita herida... —susurró el hombre—. No tienes buena mano para curar a nadie..., no tienes futuro como curandera... Ve a por lo que reste de eso a lo que llamas whisky.

Cuando Shirley se encaminaba hacia la boca de la cueva percibió unos ruidos en el exterior y el inquieto relinchar de los caballos. No pudo llegar, pues tres arapahoes armados con rifles de repetición y *tomahawks* ornados con plumas como las lanzas que habían visto por el camino

surgieron por el agujero y los lanzaron contra ella. Uno la alcanzó en el pecho, los otros en el vientre, y, abriendo la boca para decir algo que murió en su garganta, se derrumbó de bruces con una expresión de incredulidad y los ojos mirando, sin verlo, el techo de la cueva. Cuervo había aprovechado entretanto para extraer su revólver y disparó contra los indios, aunque no pudo evitar que una bala le alcanzara en el brazo izquierdo. Sin echar un vistazo a los indios caídos corrió hasta donde se hallaba la mujer y le dio la vuelta al cuerpo para extraer los tres *toma-hawks*. Los boquetes eran tan profundos que, al hacer fuerza para arrancar los dos que había clavados en el vientre, asomaron los intestinos de la muerta.

—Pobre Shirley —murmuró—, deberás quedarte donde estás..., no dispongo de tiempo para enterrarte.

Dejó para más tarde atarse un pañuelo en el brazo herido y se sentó para sacar las bolsas con comodidad, dejándolas alineadas conforme iban saliendo del agujero, y una vez que las siete estuvieron fuera apoyó las manos detrás de él y respiró con ansiedad pensando que, pese a todo, el asunto había concluido bien. La herida purulenta del costado le dolía más que la del brazo; sudaba, un sudor enfermizo, febril, y veía doble cada una de las bolsas que había dejado junto a él. No se dio cuenta de que dos serpientes de piel roja, no más largas de tres palmos, se aproximaban a sus manos, y cuando notó que los colmillos se hundían en su carne fue demasiado tarde para reaccionar. Miró los cadáveres de los indios y el de la mujer, la

lejana boca de la cueva, las bolsas llenas de oro y las serpientes que se alejaban reptando, y se desplomó sobre la tierra en cuanto empezó a divisar lo que le rodeaba con la turbiedad interpuesta por el velo de la muerte. Su último pensamiento fue recordar que Shirley había dicho que incluso las serpientes rehuían aquella montaña.

